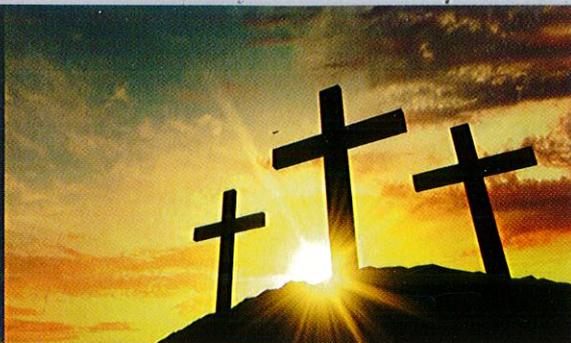


# Palabras en sus últimos momentos

Miguel Molina Rabasco



La inconstancia es un defecto de los humanos que se manifiesta, con frecuencia casi constante, en numerosas circunstancias, ya sean hechos ocurridos, ya ideas o creencias en las que, por diversas causas, participa o asume con mayor o menor intensidad de forma voluntaria o siguiendo el comportamiento de otros. Pero esta inconstancia o volubilidad —es lo mismo—, ha de reconocerse que muchas veces viene provocada por miedo, por cobardía, por temor a las consecuencias a que puede dar lugar mantener firmeza en la creencia y en la manera de actuar.

Si recordamos el triunfal recibimiento a Jesús, cuando en Él la mayoría veía al liberador de Israel, el entusiasmo y emoción de una muchedumbre que le sigue y vitorea, caminando al lento paso de la borriquilla que monta, podríamos creer en la posible victoria anhelada por tanta gente, esperanzada en la llegada anunciada en las escrituras... Pero cuando ese gentío, incluso las personas más próximas que convivieron mucho tiempo con Él, ven y comprueban cómo los poderosos, entre ellos los altos dignatarios religiosos, hacen que sea maltratado, ofendido, vituperado y, al final, condenado como un vulgar y peligroso malhechor, se esconden despavoridos o le siguen mudos, silenciosos, en su penosa y dolorosa marcha hacia el Calvario, arrastrando los desnudos pies, cargado con la pesada cruz en la que habrá de ser ejecutado.

En el tortuoso camino un numeroso gentío contempla los torpes y vacilantes pasos del condenado, con morbosa curiosidad unos, con compasión otros, sin que tampoco faltaran los gritos insultantes y las risas crueles. Y formando parte de la multitud, ocultos en la masa, también se encontrarían, con seguridad, el ciego, el sordomudo, el leproso y muchos más de los tullidos y enfermos que Jesús curó, sin atreverse a protestar ni realizar un gesto a su favor y de su liberación, para ayudar a quien efectuó en ellos una curación milagrosa, imposible sin su poder. Tampoco los que escucharon entusiasmados sus sabias palabras, sus promesas de otra vida, sus enseñanzas impregnadas de amor... Y hasta muchos de los discípulos —entre ellos Pedro— huyeron o negaron conocerle... El miedo, la desconfianza, la cobardía, hicieron estragos. Y, sin embargo, gran número de mujeres —¡quien lo iba esperar!— le siguieron llorosas, y alguna limpió su rostro sudoroso y ensangrentado, con una valentía ejemplar, sin temor al poder ni a la represalia.

Ya en la cumbre del monte, clavado a la rústica cruz que transportó, herido de muerte, Él, todo generoso, se dirigió al Padre para rogar que perdonara a todos los hombres, “porque no saben lo que hacen”.

Después de más de dos mil años me temo, pese a que rememoramos como una fiesta el acontecimiento, que continuamos en estos tiempos tan modernos y tecnificados, sin saber “lo que hacemos”, sin darnos cuenta de que la solución a las reiteradas crisis, a las inacabables luchas de unos contra otros, a los odios, a las insaciables ambiciones, se encuentran en las palabras de Jesús, pronunciadas con energía y bondad en su recorrido por las áridas tierras palestinas. Pero o no las hemos entendido o las hemos devaluado porque colisionan con nuestras más fuertes apetencias y egoísmos. Y seguimos sin “saber lo que hacemos”.